

el sostenimiento de la Iglesia, entre otros motivos por el instinto de su propia conservación... que no se puede entregar la plata de la Catedral porque sirve para sostener el decoro del culto que se debe á Dios. Como final de cuentas, una oferta ridícula é inaceptable.

El obispo Espinosa, que está aquí calentándose las meninges para saber cómo se ha de acabar con los chinacos por medio de oraciones, pone otra carta gemidora y tristísima al jefe de la división: ha dado, aunque arrancándoselos de las telas del corazón, una cantidad en tiempo de Blancarte, doce mil y pico de pesos en el mes pasado, diez mil pesos en un préstamo, cincuenta mil de unos bonos y algo que tendrá que entregar en estos días. En resumen, que nada está dispuesto á soltar, si se exceptúan párrafos tan alimentosos como éste:

«Por lo demás, V. E. confía, como debe ser, en la Divina Providencia, que le llenará de bendiciones así como al ejército de su digno mando; esto le ruego á Su Majestad diariamente y deseo le colme de felicidades, repitiéndome de V. E. afectísimo amigo y servidor. Q. B. S. M.

†
Pedro, Obispo de Guadalajara.»

Que diga cualquiera si no se puede mantener un ejército con la moneda espiritual que tan liberalmente reparte el reverendísimo de Guadalajara.

Pero á pesar de las irrefutables razones que asisten al señor Márquez, el General le ha dispuesto que devuelva el dinero de la conducta y ha desaprobado su proceder.

Guadalajara, Noviembre.

Como había ido á México sólo en calidad de *prestado*, me restituí á Guadalajara casi en seguida, pues así me lo había prevenido el General.

El día que llegué, me recibió gran novedad; Márquez, que había regresado del rumbo de Tepic, acababa de presentar su renuncia de la jefatura del primer cuerpo de ejército, y había reunión de los vecinos principales para excitar á don Leonardo á que no insistiera en aquel doloroso paso sí, como parecía, el Presidente estaba dispuesto á no aceptar la renuncia.

Estaban en la posada del general don José Palomar, don Dionisio Rodríguez, el tonista Hilarión Romero Gil, á quien en su tiempo llamaban *El retrato de golilla*, el licenciado Corro y muchísimos sacerdotes y seglares que adoraban en Márquez creyéndole la salvaguardia del orden, el sostén de las garantías, el baluarte de la religión y no sé cuántas necesidades más.

Hubo mucho de que «V. E. debe hacer este sacrificio... V. E. está obligado á dejar su tranquilidad por la de este pueblo que tanto le ama... V. E. cuenta con la adhesión

de todos nosotros, que deseamos el exterminio de la inmunda canalla liberalesca...»

Y también lo de «he cumplido con mi deber... he dado un paso atrevido, pero lo volvería á dar si nuevamente se ofreciera... la religión tiene en mí un fuerte apoyo... el Excmo. Sr. Presidente es tan firme y enérgico que no levantará cabeza la hidra de la anarquía... amo tanto á esta ciudad, que de buena gana me vendré á vivir en ella cuando la guerra concluya.»

El doctor don Germán Villalvazo, llamado el *Zorrillo* en la época de sus estudios, es un eclesiástico dúctil, amable, complaciente y discreto. Lisonjeó á don Leonardo llamándole nuevo Simón de Monfort, espada de San Pedro, amor de la iglesia mexicana; pero Márquez estaba inflexible. Únicamente se le conocía la emoción en la palidez que le invadía el rostro, y que contrastaba con la negrura de la barba cerrada; pero ni los ojos, ni la actitud, ni el gesto eran de persona contrariada ó que ha sufrido un desaire.

Por fin se retiró la concurrencia comentando el caso y lamentándose de aquella resolución á raja tabla, y determinó pasar á ver á Miramón, por si acaso era menos inflexible que su lugarteniente; pero, ¡oh, vergüenza! prelados y definidores, doctores y maestros, comerciantes y abogados, reverendas capillas, lustrosos bonetes, sesudas borlas, puntiagudas chisteras, limpias chaquetas y elegantes

pantalones flor de romero con trabillas, tuvieron que volverse por donde habían ido, pues el General se encerró en su cuartodel palacio episcopal resuelto á no oír sandeces.



Yo seguí á aquellos particulares prominentes durante algún trecho, y me reí de los comentarios que hacían por el desaire, pues es de saberse que tres y cuatro veces mandaron pasar recado al Presidente.

Un eclesiástico alto, guapetón, de fácil locuela; ídolo de las viejas y de los tontos (que son otras viejas vestidas

con pantalones), decía á otro mayor que él y con cara de más finchado y más necio:

— No lo dude, señor Doctor Pacheco Leal...

— Doctor y Maestro, interrumpió el otro.

— No lo dude, señor doctor y Maestro; este desaire á la parte más lucida de la sociedad, tiene que producir malos resultados á este joven vano y lleno de orgullo. Se olvida de lo que dice el Espíritu Santo: *coram cano capite...*

— Sí, señor doctor don José María Cayetano Orozco; eso de quitarnos á nuestro único defensor, en tiempos tan críticos como los que atravesamos, es dar la ganancia á los bribones que con estas cosas no dejarán de insolentarse. Yo he de hablar claro, porque al fin, usted lo sabe bien, hay tiempos de guerra y tiempos de paz—*tempus belli tempus pacis*—y un tiempo de hablar y otro de callar—*tempus tacendi, tempus loquendi*.

— Pero, dijo Romero Gil acercándose al grupo y acomodándose el corbatín de dogal; si no se observa la disciplina, todo andará mal.

— ¿Y qué disciplina hay que valga, gritó el gallardo Orozco plantándose en mitad de la calle y metiendo el dedo entre el alzacullo y la sotana morada; qué disciplina hay que valga ante el sentir de una sociedad cristiana que reclama á un jefe amado y bendecido?

— Y luego, rugió el *bombástico* Pacheco Leal, que la disciplina no consiste en humillar al que ha prestado

buenos servicios, al que ha obtenido buenos triunfos, al que es querido y bienquisto... Yo veo en todo esto, huelo más bien (y al decir esto alzó hacia las gárgolas de las canales del seminario la gorda nariz), yo huelo mucho despecho, mucho enojo, mucha envidia, digámoslo claro... *Tempus tacendi, tempus loquendi...*

Siguieron hablando los tres, parándose de cuando en cuando y haciendo grandes aspavientos con las manos; pero no pude oír más. Yo pensé para mi capote militar:

— Buenos están ustedes, ojalateros, bellacos, enredadores, mochos que gritan religión y fueros en el corral de su casa, y que cuando se trata de dar un real ó de exponer una pulgada de pellejo, se espantan y vociferan como si tuviéramos nosotros la obligación de cuidar á los que se visten por la cabeza, como decía mi inolvidable general Osollos.

Diciembre (principios), Guadalajara.

Escrito está que no sólo en la guerra sino también en la diplomacia he de trabajar.

Al día siguiente que pasaron los acontecimientos que he referido, salí para el sur, madriguera y abrevadero del ejército liberal.

Ejército he dicho, pero he hablado mal. Iban estos bárbaros en verdadera y total confusión, sin cuidarse de

arma, de regimiento, de compañía ni de minucias é insignificancias.

Formaban la retaguardia más de cien hombres heridos y cansados, cuales á pie, cuales en caballos matalotes, cuales envueltos en frazadas, cuales en cueros ó con un ligero taparrabo.

Seguía una docena de caballos de silla que debía de pertenecer á algún jefe, y entretejidas con los animales hasta cincuenta *galletas* con los zagalejos recogidos, los pies desnudos ó calzados con *huarachis*, las manos ocupadas con canastas ó productos de hortaliza y las bocas llenas de blasfemias y atrocidades.

Luego venían, mezclados y en confusión, carros de dos ruedas, burros cargando papeles, soldados á pie y á caballo, una señora, ó que lo parecía, montada en silla vaquera, un cañón con la cureña desvencijada, un guayín con las cortinas corridas, un loro de plumas brillantes cantando el *Santo Dios* desde lo alto de una cama de madera pintada de verde, que oscilaba en una carreta de bueyes, y un atajo de mulas que caminaban despacio, cargadas con grandes cajas de parque, mostrando en las gruperas letreros en paño rojo: ¡Adiós, chulas! ¡Viva Zapatlán!... ¡Soy la del amo!... ¡Hagan hilo, púas!...

Por fin se encontraba á los jefes, de grandes barbas, chaquetas de cuero, bufandas que les cubrían hasta los ojos, mucha pistola, mucha chivarra y mucho vaquerillo.

Y luego seguían las viejas, los carros, los heridos, las mulas, reproduciéndose el espectáculo por diez ó doce leguas.

Me hormigueaban las manos de deseos de traer conmigo quinientos ó seiscientos hombres del dos para dar una escarmentada á estos mamarrachos, á quienes se figuran en todas partes más temibles que el cólera morbus y más valientes que Roldanes.

Pero cabalmente, entonces menos que nunca, me convenía dar á conocer mi calidad. Iba con pliegos cerrados para el general don Juan Nepomuceno Rocha, alias el *Purero*, jefe del 5.º batallón, y tenía orden de abocarme con él en sitio que sabíamos los dos.

Por medio de un sargento llamado Antonio Quiñones y que figuraba entre los federalistas con el grado de comandante, me avisté en el rancho del Platanar con el general Rocha, llevando cartas del general Márquez y del padre don Gabino Gutiérrez, que había servido de parainfo en este negocio.

¡Qué rancho aquel del Platanar, metido en lo más agrio de la barranca de su nombre, con jacales quemados, viejas sucias y desgredadas y muchachos héticos confirmados; qué moscos, qué calor, qué opresión, y sobre todo, qué general tan particular!

Era gordo y viejo, con bigotes que parecían un par de cepillos de limpiar dientes, de tez morena con unas

cuantas manchas de *jiricua* negruzca, de esa que «dende lejos azalea». Traía el pelo cortado á rape y á la hora que conversaba y sobre todo cuando se sentía vacilante y discursivo, se pasaba á contrapelo la mano por la cabeza arrojando sobre el interlocutor una lluvia de tamo blanquizo. Usaba gran sombrero galoneado que sin falta se colocaba sobre las dos piernas abiertas, calzonera de ante y botas de becerro con cañón rojo de badana. Completaban su atavío blusa ó chaqueta blanca de dril, pistolas á la cintura, espuelas en los talones, cuarta en la mano y puro de zapatero en la boca.

Iban los pliegos escritos por una de las caras en que se hablaba de la compra de una casa, de la suerte de un enfermo y de algunos otros negocios; pero llevaban en el interior lo interesante, garrapateado con zumo de limón y otros menjerges que hacían el oficio de tinta simpática, cuya composición se había tomado directamente de los *Juegos de manos ó arte de hacer diabluras*.

Sacó don Juan Nepomuceno unos anteojos con cinta de resorte, se los acomodó en la nariz de tablilla de chocolate, y con grandes titubeos empezó á leer como leen los que no tienen costumbre de ello, es decir, en voz alta, vacilando y frunciendo cejas, narices y boca.

«Estima... mado amigo:... he visto la... ca... carta... que usted escribió al presbítero don Gabino Gutiérrez... Estoy muy contesto... muy contento... de su resolución...

resolución, que lo honra... honra... honrará... siempre, porque en ella se relevan... se revelan sus sentimientos de patriotismo... patriotismo, y sus sanas intenciones en favor de la hunamidad... que tanto ha sufrido con la guerra fartrícida... fatricida que desgraciadamente sostenemos hermanos contra hermanos, hijos todos de una patria que nos pide á gritos paz y orden...»

Luego que le hubo salido sin tropiezo la última tirada se enjugó con un pañuelo el sudor que la lectura le había hecho verter, y colocándose los anteojos sobre la frente me dijo:

— Pos de veras dice bien este indino; vale más acabar esta guerra que seguirla siempre así...

Luego siguió: «Le confirmo á usted cuanto le dijo el padre Gutiérrez... Es decir, le dejo á usted en posesión de su impleo, con el mando de su brigada; y además lo nombro perfecto... perfeto... ¡Cómo se me atora esta maldita palabra de perfeto! dijo el chinacate meneando la cabeza... y comandante... de los distritos de Zapotlán y Sayula, con el carácter de jefe de la línea del sur, para que quede bajo sus órdenes, desde Atenquique hasta Santa Ana Acatlán... Y tan luego usted haga su movimiento, como que ya entonces pertenecerá usted á este cuerpo de ejército, yo cuidaré de ponerle á usted su brigada tan bonita... como están aquí todas las que me pertenecen...»

Le brillaron los ojos de gusto al General, figurándose

que en vez de los soldados sin armas, sin rancho, sin vestido y sin prest, iba á tener oficiales chamarreados de oro y constelados de cruces; pero el señuelo aquel no servía sino para encandilar tontos, puesto que nuestros hombres estaban tres cuartos lo mismo que los liberales.

Luego siguió leyendo otras cartas de su amigazo Gutiérrez, y una de Miramón que le llenó de placer. Parece que Rocha se hacía el interesante y el Cincinato, y quería, una vez realizado el paso á nuestras filas, retirarse á la vida privada.

El Presidente le animaba haciéndole ver que se necesitaba todavía de su concurso para que el país quedara en paz.

«Usted se ha resuelto, decía el jefe, á servir á su patria, y no extrañe que en nombre de ella le exija que no se separe aún de la cosa pública: día vendrá en que los trabajos unidos de los que procuramos el bien de esta nación, nos proporcionen gozar de las dulzuras del hogar doméstico. Un poco más de constancia, mi amigo, y Dios premiará nuestros buenos deseos.»

Quedó el hachero vacilante largo tiempo, y después de rascarse la cabeza y arrojarme á la ropa el polvillo de rigor, me dijo perplejo:

— Haiga cosa, amigo; ¿qué será que cuando leo estas cartas y oigo á mi paisano el padre Gutiérrez, que pinta tan bonitos los negocios, me decido á echar la maroma y



— En fin, ya dí mi palabra

á dar la gran volteada, y cuando me quedo á solas hay un diablito que me dice acá dentro: «no te pronuncies, no dejes comprometida á tu gente, no seas traidor ni mal hombre»?

— Es, señor General, respondí yo, que tiene usted escrúpulos de los que asaltarían á cualquiera; pero no haga usted caso; si en esto hubieran pensado todos nuestros generales, en primer lugar no serían tales generales, y luego, aun siéndolo, no habrían realizado todo lo que han realizado. Por otra parte, esta gente no le tiene á usted toda la consideración que merece, no le trata como debía.

— Esto sí que no, canastos: me tratan como á su niño chiquito... También saben que me necesitan y por eso...

— Pero señor, si alguien no se resuelve á empezar, será cosa de no acabar nunca. ¿Hemos de vivir destrándonos sin pensar en la patria que agoniza?

— ¡Hum! ¡para lo que ha de agradecer la muy puñalera de la patria! En fin, ya dí mi palabra, y lo hecho, hecho está...

Escribió un papelito y me lo dió juntamente con un abrazo.

— Hasta muy pronto, señor General.

— Hasta dentro de quince días á más tardar.

Y metiéndole talones á mi pencho, me alejé del campo liberal.